LAS YEGUAS DEL APOCALIPSIS

LAS ULTIMAS LOCAS DEL FIN DEL MUNDO

Pedro Lemebel y Pancho Casas son narrador y poeta, respectivamente. La historia de ellos o ellas -como se llaman en forma indistinta- es larga y aún no termina.

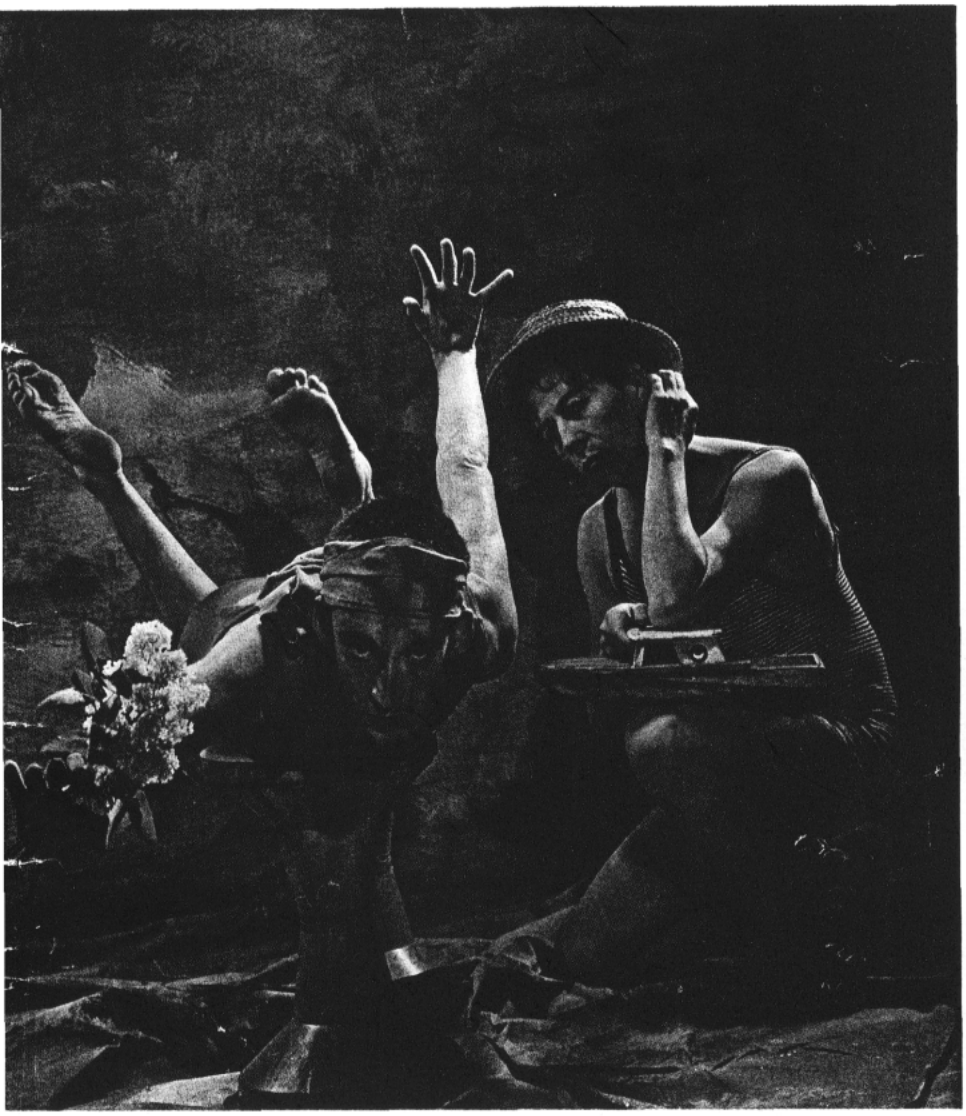
CAROLINA ROBINO

Las Yeguas del Apocalipsis relincharon por primera vez en una cuneta, con una caja de vino en la mano y su contenido en el cuerpo. Sentadas en la marginalidad, despotricaban por la ausencia en Chile de un movimiento emancipatorio de la homosexualidad. Arte desde el límite, desde el «borde con encaje».

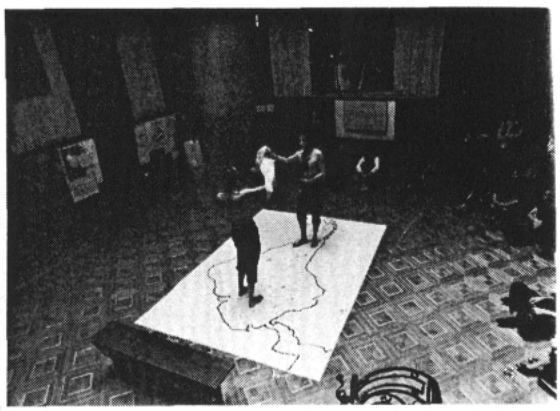
Estas dos yeguas homosexuales, Pedro Lemebel y Pancho Casas, son narrador y poeta respectivamente. Pancho está por lanzar su libro *Sodoma Mía*, que publica gracias a sus méritos y a la editorial de mujeres Cuarto Propio.

La historia de ellos o ellas, como se llaman indistintamente, es larga y aún no termina. Fue un buen día de 1987 cuando las Yeguas galoparon hacia la calle, interviniendo los espacios políticos, los públicos. Ya lo habían decidido: sus apariciones tendrían forma de *performance*, su soporte plástico sería el cuerpo. Como lugar para la ópera prima eligieron la Feria del Libro del Parque Forestal, a la que llegaron vestidos de bandera chilena, arrastrando un velo negro, de luto. Hubo escándalo y hubo aplausos. Pocos podían creer que ante sus ojos caminaran dos hombres «travestidos de travestis» que desde ese momento se lucirían con sus lycras de Franklin, que desafiarían a duelo con una mirada oblicua causando placeres y arcadas, que se identificaban con el lumpen, «con el último desecho de una sociedad de consumo, en el que se recicla toda la información del *glamour* de la diva hollywoodense».

En complicidad con la mujer pobre, con la bataclana, con la violada, Pedro y Pancho, o Pedrita y Panchita, fueron dejando atrás sus ordinarios nombres para transformarse en las rutilantes Yeguas del Apocalipsis, «como un título de película de



Sobre el mapa, botellas de Coca-Cola trizadas.



Refundar la Universidad de Chile en calidad de homosexuales, fue el objetivo de tal intervención.

Hollywood, quemada».

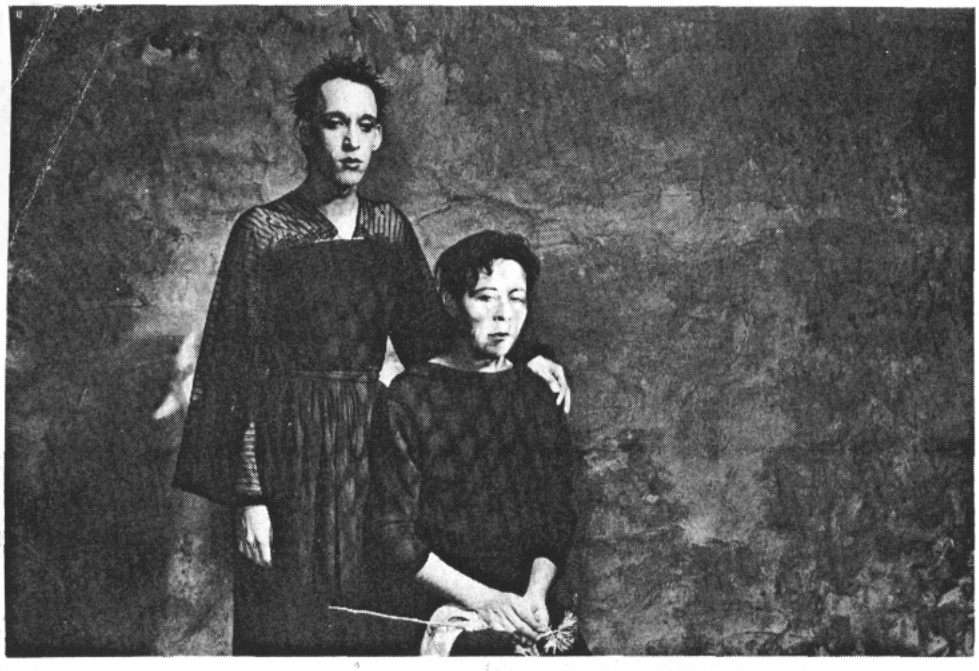
Ojo que no son *gays*, no esconden su condición en cadenas y cueros, no sacan músculos. Son de la homosexualidad loca, de la que se extingue, son las «últimas viejas locas al sur del mundo». Pasan más por el delirio que por lo sexual, dicen que son imbunches, que se cosieron, mezclan realidad y fantasía para «no dar más explicaciones, porque estamos hartos de hacerlo». Para protegerse quieren declarar la calle San Camilo -último baluarte de los travestis-, Parque Nacional. Las reglas están listas. La más importante: sólo se puede cazar un ejemplar, ojalá viejo y con Sida. Para que el crimen no sea tanto. Delirios.

Muchos creen que las Yeguas del Apocalipsis son pareja, pero esta crónica lo desmentirá con sus palabras: «¿Estás loca, mijita?, antes que eso prefiero seguir solterona».

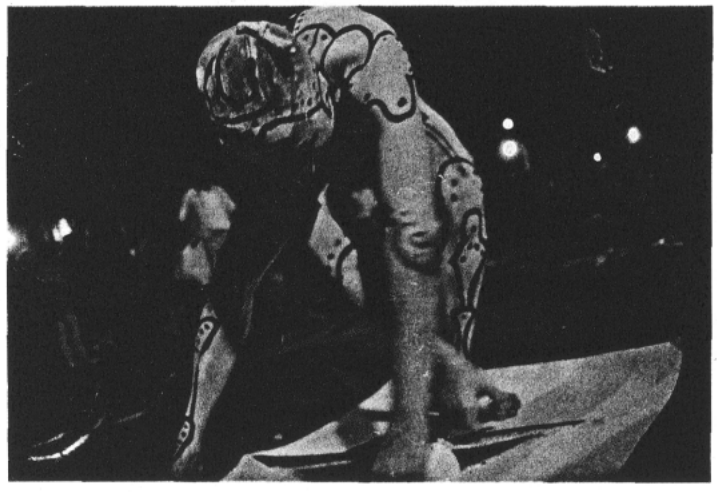
Ojo que de vez en cuando, cuando quieren decir algo, salen a la calle y sorprenden «con una parodia al simulacro social, al apestoso machismo». Todo para reivindicar el arte sexual, para exigir dignidad. Si les gritan, contestan, tiran la caballería de los que son menos.

¿La edad? No la confiesan. Las Yeguas son vanidosas. Se preparan para cada intervención cuidadosamente, vestuario, maquillaje. Aquí va algo de ellas.

• Cierto mes de 1988 los alumnos de la Facultad de Arte de la Universidad de Chile, invitaron a las Yeguas del Apocalipsis a ver sus trabajos. Las recibieron hippies por montones y ellas se espantaron ante tal detención del tiempo. Refundar la Universidad de Chile en calidad de homosexuales, fue el objetivo de su intervención. Monta-



Cuando el plástico francés George Rousses visitó Chile, las Yeguas participaron en dos etapas.



En el hospital de San Miguel, patio de fantasmas y neopreneros

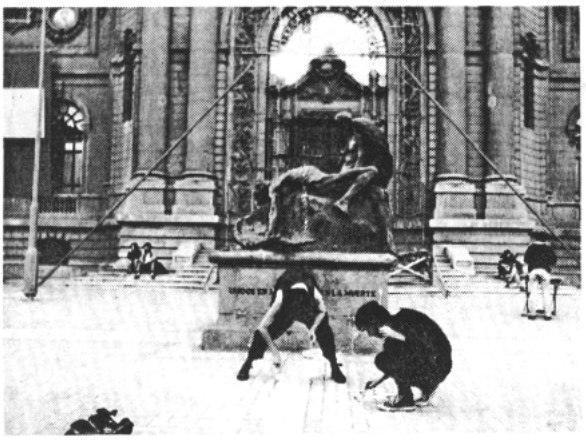
ron desnudos en la yegua «Parecía» y parecían una yegua de dos pisos, que entraba a Las Encinas, como Pedro de Valdivia entró en Santiago, pero travestidas de verguenza. Adentro, los aplausos fueron muchos, afuera el escándalo mayor. Un colegio secundario alcanzó a verlos. Mientras la directora cerraba la puerta tan rápido como sus manos se lo permitían, los alumnos se trepaban en murallas y rejas, mudos. Luego estallaron en aplausos secos.

• 12 de octubre de 1989, 12 del día, hall central de la Comisión de Derechos Humanos. Las Yeguas del Apocalipsis se vinculan a América. Tienen un mapa del continente; sobre él, botellas de Coca Cola trizadas. En el homenaje, las Yeguas piden justicia por los crímenes impunes de homosexuales, por los políticos también. En los *walkman* adheridos a su corazón comienza una cueca que sólo ellos escuchan. Las Yeguas bailan sobre los vidrios, reescribiendo la historia con su sangre homosexual.

• George Rousses, plástico, visitó Chile en 1989. El Instituto Chileno-Francés organizó Acciones Plásticas sobre el Espacio Urbano. Las Yeguas participaron en dos patas. La primera fue en el mismo Instituto de la calle Merced, tráfico de cultura. Allí expusieron la serie fotográfica de Mario Vivados, *Lo que el Sida se llevó*, junto a las ropas que usaron para posar. Transformaron el lugar en un prostíbulo, que destacaba en vivo a un Pedro-San Sebastián, cuyo martirio eran jeringas que enferman. En San Camilo, tráfico de deseo, pasó lo inverso. Llevaron al jet cultural, hicieron de la calle un set cinematográfico y pintaron estrellas fosforescentes en el asfalto. Ellos también fosforescían con un cuerpo blanco, protegido con una armadura de lápiz. Dibujaron una estrella por cada travesti. Era la noche del cumpleaños de Pinochet. Cuando la acción estaba terminando, el FPMR produjo un apagón. En Santiago oscuro sólo brillaban las estrellas de San Camilo. Las Yeguas tuvieron suerte.

• Pedro Lemebel vive cerca del hospital de San Miguel donde mataron a Viviana Lavados en febrero de este año. Mucho antes de que el crimen ocurriera, las Yeguas del Apocalipsis lo intervinieron. El material lo consiguieron en la misma calavera estancada como ellas le dicen al edificio: alambres de púas para un ring, los zapatos que miraban hacia el centro como espectadores desaparecidos. A las 10 de la noche, la Yegua Pedra se cubrió el cuerpo con ladrillos, se pegó uno al corazón. Todo lo llenó de neoprén, porque por allí hay muchos neopreneros. Se acostó sobre una cuerda; prendió fuego. Los ladrillos lo protegían mientras él se arrastraba por el cordón hasta salir del cerco. Todo se apagó, menos el ladrillo pegado al pecho.

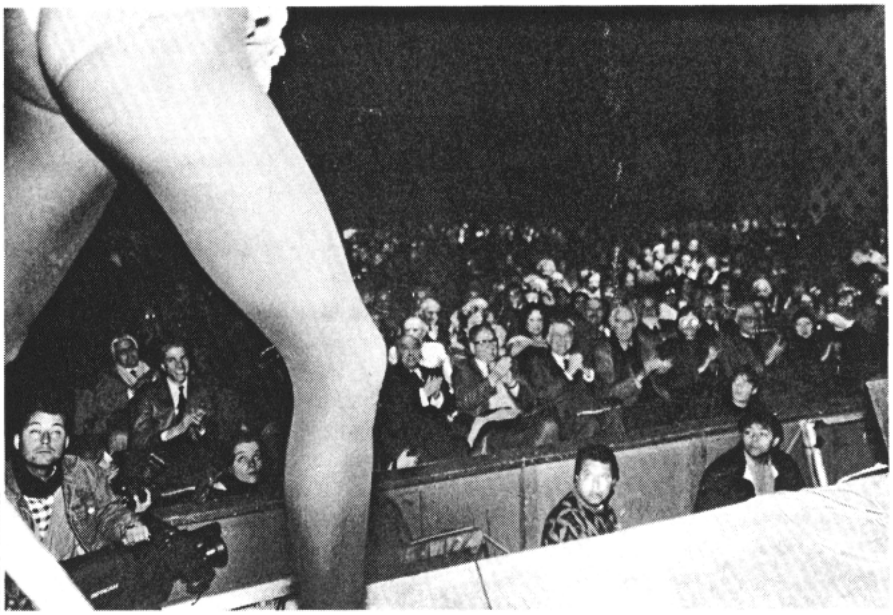
• En 1990, Nemesio Antúnez, organizó en Bellas Artes, el Museo



Las Yeguas fueron expulsadas del democrático suceso del Bellas Artes, en 1990.

Abierto. A las Yeguas les llegó una invitación para la sección de Instalaciones y Performance. Un poco antes, Pedro y Pancho grabaron con Gloria Camiruaga un video de los travestis de San Camilo, que había sido exhibido y censurado por Antúnez. Pero no sólo eso. Un grupo de scouts que visitaba las artes lo vio y el guía puso el saludo de tres dedos en el cielo. Las Yeguas fueron expulsadas del democrático suceso. Igual Pascual decidieron hacer algo en la vereda. Antúnez les reclamó, dijeron que la calle les pertenecía, el director contestó que no frente al Museo, ellas contestaron que entonces lo tapara y después de dimes y diretes, las Yeguas actuaron en el día y la hora que señalaba el folleto del interior. Repitieron lo de San Camilo. Pintaron estrellas y llegaron vestidas a lo Dolores del Río y Rita Hayworth. Llenaron cada astro de neoprén, estamparon su mano y quemaron para borrar la huella dactilar de las sobras de Hollywood.

• Los intelectuales por la democracia se juntaron en el teatro California. A las Yeguas nadie las invitó y se preguntaban por qué, si también eran de la gente. Llegaron muy de abrigo, cuando la actriz y Premio Nacional de Arte, Ana González, comenzaba con los anuncios. Las Yeguas se aproximaron al escenario y relincharon hasta subirse. Ana González corrió a perderse y ellas, ahora de coqueto corset, desplegaron un lienzo gigante donde se leía «Homosexuales por el cambio». El público quedó atónito, incluida la primera ilustre fila que ocupaban Carlos Martínez Sotomayor, Enrique Silva Cimma, Patricio Aylwin, Nemesio Antúnez y Radomiro Tomic, entre otros. Las Yeguas no tenían cargo, sino aspiraciones. Después de un rato, vinieron los aplausos y las carcajadas. Las Yeguas también votan. Y besan. En ese acto, Pedro se acercó a Ricardo Lagos y lo besó. El PPD enmudeció. Antes le había tocado al escritor colombiano, Gabriel García Márquez, quien sí pudo decir algo: ¡uy!.



EDUARDO RAMIREZ

Los intelectuales por la democracia quedaron atónitos cuando ellas subieron al escenario.

• En la última función del Normandie, el lunes pasado, dieron *El barón de Munchaussen*. Las Yeguas fueron dos del montón de personas que entró a la función. Pero algo antes del final fueron al baño. Regresaron con los créditos, vestidas de fucsia o con encajes negros, pintadas, tirando besos. Salieron y fueron furor. Les gritaban que eran las más lindas y ellas posaban y posaban. Lloraron con lágrimas artificiales por el Agua que se va, «porque está bien que se termine el Normandie, basta de mausoleos vivientes, donde se junta el jet chileno para después tomar en un bar apestoso donde le escupen la comida a los homosexuales». Las yeguas hicieron volar un lindo globo de colores, como el del Barón, que se fue igual que esa sala de cine arte. ♦

LINCOYAN PARADA

En la última función del Normandie lloraron con lágrimas artificiales.